

buscando en su dolor un compañero,  
abrazó con encanto verdadero  
el árbol cariñoso en que sesteaban  
seis gallinas, un gallo y un cordero:  
y hasta creyó que, respirando amores,  
le daba un tierno «¡adiós!» por vez postrera  
aquel árbol, tan lleno, en primavera,  
de perfumes, de ruidos y de flores;  
y entonces conoció su alma encantada  
cuánto al bueno alborozaba  
esa canción, sin nombre, susurrada  
por el sauce llorón que está á la entrada  
de la puerta sin puerta de una choza.

## VIII

Y, en fin, viendo afligido  
que el mundo de sus deudos, divertido  
por festejar á aquel que se quedaba,  
al desdichado Juan, que se marchaba,  
dejaban de nombrarlo por olvido,  
humilde y humillado,  
lo mismo que un cachorro castigado,  
de dolor traspasadas sus entrañas,  
se marchó á ser soldado,  
al alborear de un día en que, aplomado,  
el cielo se apoyaba en las montañas;  
y huyó, y huyendo se mesó el cabello.  
¡Ay del mortal que á conocer empieza  
por la primera vez lo que es tristeza!  
¡Ay del que es bueno y se arrepiente de ello!  
Y solo, y de sí mismo frente á frente,  
empezó á conocer, aunque con pena,  
que es la propia bondad cosa excelente  
para escabel de la ventura ajena.  
Y al ver su porvenir desvanecido,  
maldijo... Pero luego, arrepentido,  
echó mano al bolsillo, en que tenía  
una estampa de un santo desollado,  
lo besó con furiosa idolatría,  
y después, alejándose de lado  
para ver bien la casa de María;  
los ojos se enjugaba, y resignado:  
—¡Cómo ha de ser! ¡cómo ha de ser!—decía.

## IX

De este modo, obediente y con tristeza,  
vendido siempre Juan por su ternura,

fué á abismar su cabeza  
en esa bruma de la vida obscura,  
formada de altivez y de bajeza,  
de injusticia, de envidia y de impostura.

## X

Y ahora que sabemos  
que lleva la bondad á esos extremos.  
ya escucho esta pregunta en vuestros labios:  
—¿Quién sabe más, los buenos ó los sabios?—  
¡En el día del Juicio lo veremos!

## CANTO SEGUNDO

## JUAN SOLDADO

## I

Ya vuelve Juan, entre himnos de victoria,  
de laureles ceñido;  
y aunque llega, cual veis, tan mal vestido  
del campo del honor y de la gloria,  
la luz del iris en su pecho brilla,  
pues lleva en él colgadas  
dos cruces encarnadas,  
una blanca, otra azul y otra amarilla.

## II

Fué tan grande de Juan la bazarria,  
que Pedro Antonio de Alarcón decía  
que en Tetuán se batió como una fiera,  
llevando en la batalla por bandera  
un pañuelo de hierbas de María;  
y añadía de Juan, que se quedaban  
de lágrimas sus ojos arrasados,  
si alguna vez, luchando, destrozaban  
un sembrado de trigo los soldados;  
porque era tan buenazo,  
que cuando airado para herir movía  
aquel fornido brazo,  
tan solamente daba, si podía,  
en vez de una estocada un puñetazo;  
así es que un día, exento de desprecio



de su fama en desdoro,  
por no romperle la cabeza á un moro,  
por poco el moro le atraviesa el pecho.

## III

¡Dichoso Juan, que viene  
ignorando en sus santas ilusiones  
que siempre alcanza el triunfo aquel que tiene  
la razón de los muchos batallones,  
y que, volviendo vencedor del moro,  
ostenta sus laureles  
sin presumir que, cuando falta el oro,  
la gloria y el honor son oropeles!  
Nunca Juan entrevió, cual buen guerrero,  
feliz con su uniforme de jilguero,  
el axioma profundo  
de que, pese al rencor del mundo entero,  
toda la gloria militar del mundo  
no vale ni la vida de un ranchero;  
por lo cual dejaremos que la historia  
cuente de Juan el indomable brío,  
porque yo, lector mío,  
tengo el honor de despreciar la gloria.

## IV

Ya al volver Juan, era doctor su hermano.  
Quien después que se hubo hecho  
médico-cirujano  
y estudió sin provecho  
lo material del organismo humano,  
en clínica aprendió cuatro patrañas;  
mas siendo al parecer un hombre grande,  
ni siquiera observó como Lalande  
que saben á avellanas las arañas;  
y aunque el caso que cuento es horroroso,  
hasta su mismo padre enbelesado,  
viendo á Pedro hecho un médico famoso,  
se acordaba de Juan avergonzado;  
y no falta en la aldea quien opina  
que la madre murió de gozo loca  
de pensar que era Pedro en Medicina  
un *Cortezo*, un *Corral* ó un *Sánchez Toca*.  
Y ¡cuán grande es del hombre la simpleza!  
Después que, ya famoso, probó el cura  
de Pedro la antiquísima nobleza  
conforme á la verdad de la figura

de un árbol genealógico que empieza  
saliendo de una nube muy oscura,  
los arqueólogos dieron  
por cosa averiguada,  
que los tales Fernández no salieron,  
como todos los seres, de la nada,  
y el maestro de escuela  
probó también, con árboles pintados,  
que su décima abuela  
tuvo un poco que ver con dos cruzados.

## V

Pero ¿y Maruja? Como Juan creía  
que era invención del diablo la escritura,  
temiendo de la tropa á la ironía,  
no escribió á su futura  
la más pequeña frase  
porque el cabo furriel no se enterase  
de la inmensa pasión que le tenía;  
así es que no sabía  
la historia lastimera  
de que muriendo un día  
el tío que en América vivía,  
á su novia dejó por heredera,  
pasando así Maruja á ser María.

Después, Pedro Fernández Palomino,  
tenaz persecutor del sexo bello,  
como tenía el tino  
de coger la ocasión por el cabello,  
faltando á la ternura y al decoro,  
de Juan, ausente, escamoteó el destino,  
con el ansia feroz de un campesino  
que busca en el Sil pepitas de oro.  
Y aunque ella no era hermosa,  
como hace el oro hasta á la fea bella,  
después que fué María poderosa  
resolvió Pedro enamorarse de ella.  
Y María, con ánimo sereno,  
para no hacer á su riqueza agravio,  
no se casó con Juan, aunque era bueno;  
con Pedro se casó, porque era sabio:  
y cierta frase del doctor explica  
esta exclusión del vencedor del moro:  
¿cómo se ha de casar con una rica  
quien nunca ha visto una moneda de oro?  
María era algo tosca; pero ahora  
que tiene una fortuna y un marido,  
pasando de aldeana á gran señora,



mudó de piel, se puso otro vestido,  
y hoy, teniendo María  
un corazón que late por oficio,  
mira pasar en procesión tardía,  
sin ninguna virtud y ningún vicio,  
un día y otro día y otro día;  
y como ya actualmente  
no ha de llevar el cántaro á la fuente,  
se fastidia pensando en su riqueza,  
y muy feliz bosteza  
y vuelve á bostezar dichosamente.  
Resultado: que Pedro, hombre profundo  
más bien que en lo divino en lo profano,  
se casó con la novia de su hermano,  
y cual siempre sucede en este mundo,  
aunque esto clama al cielo, clama en vano.

## VI

Todo esto, corregido y aumentado,  
al llegar á su pueblo Juan Soldado  
se lo contó con gracia extraordinaria  
un quinto de Sevilla  
que cree que es el gazpacho con guindilla  
el *summum* de la ciencia culinaria.  
Mirando al relator con extrañeza,  
á pesar de su hercúlea fortaleza,  
al oír cada frase  
se quedaba el buen Juan cual si girase  
un rayo en derredor de su cabeza,  
y por instinto, al fin, creyendo ciertos  
los hechos del cronista sevillano,  
se echó angustiado al corazón la mano,  
y al ir á andar, turbado,  
dió vueltas como un hombre enajenado,  
y emprendiendo una marcha, igual al vuelo  
de un pájaro atontado,  
tambaleando de un lado al otro lado,  
resbaló, miró al cielo,  
y al caer, desplomado,  
se dió con la cabeza contra el suelo.  
Y cuando Juan, herido,  
fué á casa del albéitar conducido,  
dos pobres del más pobre populacho  
le sirvieron de apoyo;  
y aunque algún sabio dijo:—Es un borracho,—  
las hijas y los hijos del arroyo  
decían viendo á Juan:—¡Pobre muchacho!—

Y en medio del dolor que Juan sentía,  
las sienes con las manos se apretaba,  
y nombraba á María,  
y por más que su nombre maldecía,  
no queriendo quererla, la adoraba.

## VII

Mientras Juan en un lecho, cabizbajo,  
sólo piensa, entre sábanas metido,  
en hacer que se olvide que ha existido,  
lo cual le costará poco trabajo,  
maldice en su quebranto  
la ingratitud de aquella  
por la cual sabe bien el cielo santo  
cuántas veces comió, pensando en ella,  
el pan de munición bañado en llanto.

## VIII

Pensando siempre Juan, como yo pienso,  
que, al morir, todo el que ama  
siente un cariño inmenso,  
porque el amor sin dicha es un incienso  
que hace eternas las vidas que embalsama,  
bendiciendo su estrella,  
—¡Mejor,—dijo cual nunca enternecido,—  
si hoy me muero, ya en sombra convertido  
viviré cerca de él y cerca de ella!—  
Y es que la fe en amar un imposible  
no acaba con la vida que declina,  
porque el amor es una sal divina  
que produce una sed inextinguible,  
por lo cual con su angélica inocencia,  
y su inmensa bondad, que ya es paciencia,  
Juan aspira á querer después de muerto...  
¡Dios mío! ¿Será cierto  
que el amor sobrevive á la existencia?

## IX

Después que Juan Soldado  
Al hallarse vendido  
sintió su corazón, ya lacerado,  
por un frío mortal entumecido,  
un helado sudor bañó su frente,  
y luego tiernamente,



recordando la casa de su padre,  
recitó mentalmente  
cierta oración que le enseñó su madre;  
y como al cielo su dolor eleva,  
oír el cielo esta vez sus agonías...  
aunque hay días de prueba  
y está muy lejos Dios en esos días.

## X

Sin fuerza y desangrado el pobre mozo,  
fijando en el albéitar la mirada,  
más blanco ya que el lienzo de la almohada,  
cada aliento que exhala es un sollozo;  
y en postración sombría  
cuando Juan respiraba todavía,  
como todos los tristes miró al cielo,  
y exclamó:—¡Adiós, María!—  
en tanto que lucía  
muy cerca de su herida un escalpelo.  
Y ya el dolor de su alma, confundido  
con el temor de una incisión sangrienta,  
unió á la fiebre del amor vendido  
la fiebre de una muerte violenta;  
por lo cual, Juan rendido  
cayó, en su puro amor desvanecido,  
de la vida en el último desmayo...  
¡En negar el olvido  
Dios es más duro que en forjar el rayo!

## XI

¡Así perdiendo á su adorado dueño,  
Juan, al volver triunfante de la guerra,  
cayendo de la cúspide de un sueño,  
dió con el cuerpo y con el alma en tierra!

## CANTO TERCERO

JUAN DE LAS VIÑAS

## I

¡Qué estrella tan fatal! Sin duda alguna  
hubiese sido humano  
que al tiempo de nacer, cualquiera mano  
volcase sobre Juan su propia cuna,

aunque hoy por su fortuna,  
el viejo cirujano,  
que es también el albéitar de la aldea,  
á Juan curó de modo  
que puso en un gran crédito la idea  
de que vino y jamón lo curan todo.  
Y entrando ya en la vida cotidiana,  
aparte del hechizo  
que le causó la voz de la campana  
que tocó en su bautizo  
y que en su entierro tocará mañana,  
supo Juan, al volver de su desmayo,  
la muerte de su madre, y que vivía  
su padre, haciendo casi de lacayo,  
en Madrid con su hermano y con María;  
porque siempre, mecidas al arrullo  
de ideas ambiciosas,  
se agrupan las familias por orgullo,  
y las dispersa Dios por orgullosas.

## II

Y como Juan cuando se fué á la guerra  
más bien que la esperanza de la gloria  
por todos los espacios de la tierra  
llevaba á su lugar en la memoria,  
fué á ver con diligencia  
los sitios de sus penas y placeres;  
pero, después de su gloriosa ausencia,  
aunque en forma variada, halló en la esencia  
los mismos hechos y los mismos seres;  
pues siempre, como ley de la existencia,  
las cosas sucediéndose á las cosas,  
las flores crían granos,  
los granos van á rosas,  
las larvas se convierten en gusanos,  
los gusanos se vuelven mariposas;  
y cambiándose en odios los amores,  
formando vidas nuevas de las viejas,  
las abejas se comen á las flores,  
los pájaros después á las abejas;  
y así implacablemente  
en incesante rueda  
va siendo todo igual, y es diferente,  
y todo va pasando y todo queda.